

FRANCISCO ANTÚNEZ MADRIGAL (CLAUDIA PATRICIA GUAJARDO GARZA, EDITORA LITERARIA), *NOTAS PARA UNA HISTORIA DE LA IMPRENTA EN AGUASCALIENTES*, AGUASCALIENTES: UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE AGUASCALIENTES, 2021.

Notas para una historia de la imprenta en Aguascalientes fue escrito entre 1950 y 1961 por Francisco Antúnez Madrigal, pero debieron pasar muchas décadas para su publicación, que se dio gracias al hallazgo de Claudia Patricia Guajardo Garza, quien con un estilo claro, limpio y preciso se encargó de la edición literaria y de la presentación de éste que, aunque corto, es un libro con una serie de cualidades como patrimonio bibliográfico y documental, además de sus aportes a una historiografía en construcción, la de la imprenta en Aguascalientes.

Francisco Antúnez Madrigal (1908-1980) fue un profesor, promotor cultural e impresor humanista. Tuvo, además, el gusto e inquietudes intelectuales por investigar sobre varios temas que llamaban su atención; llegó a publicar algunos textos de su propia autoría, por ejemplo: *Los alacranes en el folklore de Durango* (1950), *Los entremeses cervantinos en Guanajuato* (1953; reeditado en 1972), *La pachocha* (1968, reeditado en 2001), y *Querellas por una monja* (1974), breves e interesantes narraciones y cuentos, con fino humor.

Patricia Guajardo afirma que Antúnez fue también historiador, y de hecho lo fue a su manera, pero fue en todo caso un historiador empírico. Tampoco podemos, ni debemos, exigirle lo que no puede ser; eso sería incurrir en un anacronismo.¹ Aunque en Aguascalientes existía el Instituto Autónomo de Ciencias, desde luego no contaba entonces con la carrera de Historia; ésta se fundó hasta 1988, ya creada la Universidad Autónoma de Aguascalientes. Incluso los archivos locales no serían organizados, catalogados y abiertos al servicio de los investigadores sino hasta la década de los ochenta.

En aquella época en que Antúnez investigaba sobre la historia de la imprenta y los impresores en Aguascalientes, figuraba también el profesor Alejandro Topete del Valle (con quien por cierto Antúnez no se llevaba del todo bien, aunque se decían amigos y compadres), con un profundo amor al terruño, quien en la década de 1930 había reproducido y glosado documentos en el *Boletín de la Sociedad de Historia, Geografía y Estadística de Aguascalientes*.

¹ Enrique Florescano en *El nuevo pasado mexicano*, México: Cal y arena, 1992, dice que “En las décadas de 1940 y 1950 ocurrió el gran cambio que modificó la producción, la orientación y el desarrollo de los estudios históricos en nuestro país. En esos años se fundaron los institutos, los centros de investigación y las escuelas que convirtieron el estudio, la enseñanza y la difusión de la historia en actividades profesionales, en un quehacer regido por las instituciones académicas que se sentían abocadas a cumplir una tarea de utilidad pública y de interés nacional”, p. 11.

Antes de llegar a Aguascalientes, nos dice la maestra Patricia Guajardo, Francisco Antúnez Madrigal desarrolló el gusto por coleccionar impresos antiguos. Siendo todavía muy joven, en 1932, escribió y publicó en Morelia un texto intitulado *Un gran impresor del siglo XIX*, en homenaje a Antonio Arango, taller donde como aprendiz se formó su padre Francisco Antúnez Villagómez. Una respetable colección de impresos antiguos fue expuesta en la Sala de Arte de la Secretaría de Educación Pública de Morelia, y su texto sirvió como catálogo a los visitantes de dicha exposición; parte de esa colección, nos dice la editora literaria, fue montada y presentada en la Biblioteca Nacional de México, bajo la dirección de Enrique Fernández Ledesma en los años treinta. Patricia Guajardo prueba, con base en la consulta del archivo personal de Antúnez Madrigal, que eso mismo quiso replicar en Aguascalientes, ya que conservó el gusto por coleccionar impresos e investigar sobre impresores, talleres, libros, artes gráficas. Pero se encontró con que los acervos eran mucho más pobres que en su ciudad natal y los ejemplares muy escasos.

Antúnez, nos dice Guajardo Garza, hizo esfuerzos por organizar una “Exposición Tipográfica” en la Academia de Bellas Artes de Aguascalientes, con base en una serie de ejemplares que ofrecieron facilitar los descendientes del impresor Ricardo Rodríguez Romo, correspondientes al período 1870-1915, pero dicha exposición a fin de cuentas y por causas ajenas a Antúnez Madrigal no se llevó a cabo. Para ello, había preparado un texto, un ensayo de 31 páginas, sin ilustraciones, con el título de *Breve historia de una vieja imprenta de Aguascalientes*,² que tenía el objetivo de servir como guía explicativa a los visitantes; estaba convencido de que el no contar con dicha guía, desalentaba y alejaba al público de las exposiciones, y que las obras expuestas no siem-

² Agradezco a Caliope Martínez, quien amablemente me facilitó una copia de *Breve historia de una vieja imprenta de Aguascalientes*, Aguascalientes, Academia de Bellas Artes de Aguascalientes, 1950, 31 páginas; la localizó en el Archivo Alejandro Topete del Valle de la Biblioteca Centenario-Bicentenario del Instituto Cultural de Aguascalientes. Por cierto, que en el colofón menciona que esa *plaque* constó de 600 ejemplares, fue impreso el 25 de abril de 1950 en su “modesto taller ubicado en José María Chávez 87”; y justo ese es el ejemplar número uno y tiene la siguiente dedicatoria “A Alejandro Topete del Valle, amigo cordial, con el sincero afecto de su compadre. El autor. Abril 27 de 1950”.

pre eran “estimadas en todo su valor”. El público al que Antúnez se dirigía era específicamente “a quienes practican las disciplinas tipográficas, a los amantes de las artes del libro”, estaba pensando sobre todo en los intelectuales “que gozan y saben aquilatar el valor estético de lo impreso”.

De cualquier manera, lo intentó. Pero no cejó en sus empeños de seguir investigando. Hurgó, preguntó, diseñó una estrategia metodológica para allegarse materiales impresos. Resulta que a principios de los años cincuenta, siendo director de la biblioteca pública del estado “Enrique Fernández Ledesma” —fundada por él en 1953—, publicó veinticinco mil volantes —que hizo llegar a las escuelas de los municipios— e inserciones pagadas, informando en los diarios locales que compraba toda clase de estampados producidos en el Aguascalientes decimonónico, tales como “libros, folletos, periódicos, revistas, novenas, rezos, oraciones y toda suerte de publicaciones”, en los que habría que considerar epistolarios, “cartas sueltas sobre asuntos literarios, artísticos o políticos; manuscritos, memorias inéditas, daguerrotipos, fotografías, láminas, grabados e ilustraciones relativas a la ciudad y al Estado”. Incluso, imaginando y previendo que la gente no quisiera vender sus tesoros, mandó un grito desesperado: “Caso que no quiera usted deshacerse de sus piezas, le rogamos que por lo menos nos dé noticias de ellas para incluirlas en la obra que tenemos en preparación”. Y remataba con un “¡Ayúdenos a formar la Bibliografía e Iconografía de Aguascalientes!”³

Aunque dijo no tener el éxito esperado, contó con los impresos e imágenes mínimos necesarios, esto es con los insumos, y finalmente escribió en 1961 una especie de segunda edición corregida y aumentada. En relación con la desafortunada de 1950, Antúnez escribe en el prólogo de su *Notas para la historia de la imprenta en Aguascalientes* que “suprimió ciertos pasajes”, agregó otros, subsanó “de paso varias omisiones importantes advertidas posteriormente”. Pero todo se quedó en galeras.

³ Patricia Guajardo reproduce el texto del volante publicado por Antúnez, en la nota a pie de página número 11, página 44 de la edición. Antúnez no se conformó con buscar en la localidad, escribió también a bibliotecas e instituciones en los Estados Unidos de Norteamérica, sin éxito.

El mérito de Claudia Patricia, como buena editora, fue recuperar el libro, armarlo y complementarlo. Y su acceso al archivo personal se lo permitió. El texto de Antúnez Madrigal aumentó al doble, pasó de 31 a 60 cuartillas; y se incluyen imágenes, la mayoría existentes en el propio archivo familiar y unas cuantas que Guajardo consiguió en la fototeca del Archivo Histórico del Estado de Aguascalientes.

LA OBRA DE ANTÚNEZ EN LA HISTORIOGRAFÍA DE AGUASCALIENTES

No abundan trabajos sobre la imprenta en Aguascalientes. Eduardo J. Correa fue de los primeros en saber sobre el estudio de Antúnez respecto a la historia de la imprenta en Aguascalientes y le proporcionó alguna información acerca de la imprenta que tuvo su padre y las publicaciones periódicas que él mismo dirigió en Aguascalientes a fines del XIX y principios del XX.

Pasaron años hasta que Jesús Gómez Serrano dedicó unas cuantas páginas al tema en el apartado “Imprentas, impresos e impresores” que publicó en 1988 en su libro *Aguascalientes en la Historia, 1786-1920. Sociedad y cultura*, en coedición entre el Instituto Mora y gobierno del estado de Aguascalientes. Con mayor amplitud, Caliope Martínez, trató el tema en su tesis “Los Chávez y la imprenta en Aguascalientes: el ascenso de una familia de artesanos (1835-1870)”, investigación con la que obtuvo el grado de doctora en Historia y Artes, Escuela de Doctorado de Humanidades y Ciencias Sociales y Jurídicas, en la Universidad de Granada, defendida en el año 2020.

Notas para una historia de la imprenta en Aguascalientes es una obra importante porque presenta, de manera condensada, a los impresores, litógrafos, grabadores y editores a lo largo de más de un siglo. Patricia Guajardo sabe bien que ya esos historiadores han escrito con mayor profundidad sobre estos temas. Pero también sabe que Antúnez fue el pionero, es un clásico y su libro arroja nuevas luces y nuevas pistas para seguir investigando.

Francisco Antúnez Madrigal realiza un estudio monográfico. Estudia los orígenes y el devenir histórico de la imprenta en Aguascalientes, desde 1827 hasta mediados del siglo XX. Nos habla del introductor de la imprenta en Aguascalientes, Juan

María Gordo, hasta llegar a los pequeños talleres de imprenta y encuadernación de 1950, pasando por lo que la editora llama “protagonistas de la palabra impresa” de la talla de los Valadez (Antonio y Francisco), José Trinidad Pedroza, José Guadalupe Posada, la muy extendida familia Chávez, emparentada con Ricardo Rodríguez Romo y el encuadernador Augusto Antúnez.

Francisco Antúnez Madrigal muestra paso a paso su *expertise* en la materia, pues somete a “examen y análisis tipográfico”, da cuenta de aciertos y errores de los impresores de provincia. En resumidas cuentas, arroja luz pues la mayoría de ellos han estado en la oscuridad y han sido escasamente estudiados. El conocimiento que tenía de historia del arte en materiales tipográficos es notable, pues habla de estilos artísticos en boga en tal o cual época, por ejemplo el *art nouveau*, cuando fue la etapa del impresor Ricardo Rodríguez Romo a finales del XIX y principios del XX.

De algunos impresores da pormenores, como tamaño y dimensiones. De los impresores hace semblanzas, traza trayectorias; de los talleres habla de sus dueños, ubica domicilios, mudanzas, extensiones o anexos. Gracias a Francisco Antúnez Madrigal tenemos conocimiento de algunos atisbos de la vida y obras del siglo XIX realizadas por Vicente Trillo, José María Chávez, Sóstenes E. Chávez, Antonio Cornejo, José Trinidad Pedroza, José Guadalupe Posada, Ricardo Rodríguez Romo, Jesús Díaz de León. Pero da cuenta también de trayectorias de sus contemporáneos, personajes de la primera mitad del XX, a quienes llama “grupo de intelectuales” radicados en la capital del país y que ocupaban “lugares distinguidos en los campos de las artes y de las letras” (p. 88), como es el caso de sus entrañables y muy queridos amigos⁴ Enrique y Gabriel Fernández Ledesma; director de la Biblioteca Nacional y autor de *Historia crítica de la tipografía mexicana* (1939) el primero; talentoso artista plástico, litógrafo e ilustrador de libros “con una tipografía risueña, discreta y bien equilibrada” (p. 90) el segundo, quien de joven estableció un taller de imprenta en Aguascalientes.

⁴ Parte de su relación epistolar con sus amigos en: *Epistolario de Francisco Antúnez Madrigal, 1930-1980*, presentación y selección a cargo de Carolina Castro Padilla, Aguascalientes: Instituto Cultural de Aguascalientes, 2010.

Por su parte, a Francisco Díaz de León, fundador y director de la Escuela de Artes del Libro, le llama autoridad inapelable en asuntos técnicos y no duda en catalogarlo de “la figura más destacada en el campo de la tipografía mexicana contemporánea” (p. 91), pues para él es “el heredero espiritual de una pléyade de grabadores, litógrafos e impresores humanistas... que floreció en Aguascalientes” a fines del siglo XIX y por eso no sabe más que hacer libros bellos; de los hermanos Rafael y Agustín Loera y Chávez menciona que con su editorial Cvltvra iniciaron un renacimiento cultural en nuestro país;⁵ y, no podía faltar, Antonio Acevedo Escobedo, “bautizado con tinta de imprenta” que escribió evocadores textos sobre la imprenta provinciana en su natal Aguascalientes.⁶

En las últimas páginas Antúnez Madrigal da pistas acerca de las relaciones de amistad, por ejemplo entre el doctor Jesús Díaz de León y Ricardo Rodríguez Romo, que rindió diversos frutos bibliohemerográficos; habla de talleres de encuadernación de zacatecanos vecindados en Aguascalientes; da cuenta, también, de las familias de impresores y encuadernadores emparentados entre sí, ya sea por

⁵ Para la labor que los hermanos Rafael y Agustín Loera y Chávez (sobrinos de Ezequiel A. Chávez) realizaron en materia de publicar textos clásicos y difusión literaria, véase: Freja I. Cervantes Becerril, “La edición literaria en días agitados: la colección Cvltvra (1916-1923)”, en: Laura Suárez de la Torre (coord.), *Estantes para los impresos. Espacios para los lectores siglos XVIII-XIX*, México: Instituto Mora, 2017, pp. 178-212. Freja menciona que los Loera y Chávez, nacidos en la ciudad de México, “descendían de una familia prominente e ilustrada de bibliófilos de Aguascalientes”, p. 208.

⁶ Antonio Acevedo Escobedo, con quien Antúnez Madrigal llevaba intercambio epistolar, ya había publicado en 1952 en la editorial Stylo en la capital del país, *Los días de Aguascalientes*, donde incluyó los textos “El aroma de la imprenta”, en que narra cómo aprendió primero como cajista, luego prensista y componedor hasta dominar el oficio de impresor, en un pequeño taller a principios de la década de los años veinte; “Cinco o seis siluetas”, recuerda impresores y trabajadores relacionados con el mundo de imprenta, sus gustos, manías y aficiones —entre ellos Evaristo Morán, cajista e impresor; Clicerio Ruteaga, linotipista; Heliodoro Monreal, prensista; Jesús Valadán tipógrafo—; “Entrando en la letra”, comenta sus primeros contactos con libros de imágenes y códigos visuales que le fascinaron y estimularon para luego ser escritor. Yo consulté la edición del gobierno del estado de Aguascalientes, publicada en 1976. En 1967 el Seminario de Cultura Mexicana le publicaría a Acevedo Escobedo, *Entre prensas anda el juego*, “dedicado a temas relacionados con sus experiencias en la imprenta”, véase: Dayna Díaz Uribe, *Itinerario intelectual de Antonio Acevedo Escobedo*, México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2020, p. 182.

lazos sanguíneos o por vínculos políticos matrimoniales como es el caso de los Chávez, los Romo, los Cornejo y Augusto Antúnez. Todos eran, en la segunda mitad del siglo XIX una gran familia que incluso en las primeras décadas del XX se fueron transmitiendo y heredando saberes y conocimientos.

Antúnez Madrigal advierte que una generación completa se termina; y sentencia: “Pasarán muchos años para que vuelva a surgir otra generación de impresores comparable a aquellos que tanto lustre dieron a la tipografía mexicana en el siglo XIX”, verdaderos maestros expertos que en su época tenían que dominar todo el proceso ya que “debían saber fundir sus propios tipos, construir sus prensas, vaciar sus rodillos, preparar sus tintas y producir después obras maestras”, mientras que por el contrario, para 1961 “las fábricas entregan al impresor, ya manufacturados, todos los artículos que necesita” (p. 97).

Estamos, a no dudarlo, ante un libro muy hermoso, agradable a la vista, con un texto de una “prosa amena y didáctica”, dedicado por el autor a sus estimadas alumnas de la Escuela Normal, donde impartía la materia de Instrucción Tipográfica, enriquecido con ilustraciones alusivas a los temas que se desarrollan.

Sin lugar a dudas Francisco Antúnez Madrigal es el pionero en estudiar los orígenes históricos de la imprenta en Aguascalientes. Evoca personas, habla del encanto de las imprentas provincianas, de los pequeños talleres “depositarios de una bella tradición litográfica”. En resumidas cuentas, esta obra de Francisco Antúnez Madrigal prueba que el tema no se ha agotado, dado que la literatura sobre la historia de la imprenta es escasa en la historiografía regional. Falta, sin duda, mucho que investigar al respecto.

El libro tiene un valor adicional, pues en su portada se reproduce una fotografía inédita, resguardada en el archivo de Francisco Antúnez, en el que aparece —quizás— el grabador José Guadalupe Posada, posiblemente en el taller de José Trinidad Pedroza. Es decir, con el libro y su foto de portada estamos ante un doble hallazgo.

Luciano Ramírez Hurtado
 Universidad Autónoma de Aguascalientes
 ORCID: 0000-0002-2302-2574
 lramirez@correo.uaa.mx